

LOS PECADOS DE PADUA

PROUST CONOCE A LA CRIADA
DE MADAME PUTBUS

En mayo de 1900, Marcel Proust y su madre viajaron a Venecia, siguiendo los pasos de Ruskin. En 1931 –nueve años después de la muerte de Proust–, un cónsul francés en Venecia encontró una sorprendente entrada en el libro de visitantes del monasterio armenio que hay en esa ciudad: la firma de Proust. En sí, esto podría no resultar extraño, pero la fecha era bastante peculiar. La entrada no era de mayo de 1900, sino del 19 de octubre de ese año. Debemos deducir que Proust realizó dos viajes a Italia, porque es seguro que estaba en Francia en septiembre; y la segunda vez, es probable que fuese solo. En cuanto a lo que hizo allí, las últimas investigaciones no dicen apenas nada. La biografía estadounidense más reciente, con casi mil páginas, no contiene más que tres breves frases sobre esta última visita italiana. Sigue siendo un misterioso vacío para los especialistas¹.

No es el único, naturalmente, sólo uno que resulta haber salido a la luz. En la doble vida que Proust llevaba, los secretos no eran la excepción, sino la norma. Sólo podemos hacer conjeturas sobre cuándo comenzó esta doble vida. En una carta del joven Proust –escrita en 1888, cuando sólo tenía 16 años–, la norma no parece que estuviese todavía en vigor. Inédito hasta 1993, este extraordinario pequeño documento hace referencia también a la segunda visita a un lugar de placer. Y aunque pueda parecer incoherente con los secretos posteriores, muestra el primer brote de un tema típicamente proustiano. «Mi querido, querido abuelo», comienza Proust,

¹ Véase William C. CARTER, *Marcel Proust. A Life*, New Haven, 2001, p. 298. «¿Es posible –se pregunta Carter– que Marcel, como su futuro Narrador, vagase por los barrios populares de Venecia, lanzando miradas codiciosas a hombres y mujeres jóvenes y atractivos? El que Carter incluya «mujeres jóvenes» arroja luz sobre su grado de comprensión de este fundamental problema proustiano.

Por favor, sé tan amable de prestarme 13 francos. Quería pedírselos a M. Nathan, pero mamá prefería que te los pidiese a ti. Te explico para qué. Tenía que ver a una mujer con tanta urgencia para frenar mi pernicioso hábito de masturbarme, que papá me dio 10 francos para ir al burdel. Pero primero, estaba tan emocionado que rompí un orinal, por valor de 3 francos, y segundo, estaba en tal estado que no conseguí joder. Así que estoy igual que antes, sigo necesitando 10 francos para aliviarme, más cada hora que pasa, además de los tres francos para el orinal. Pero no me atrevo a pedirle otra vez el dinero a papá tan pronto, y había esperado que tú vinieses en mi auxilio en estas excepcionales y, como sabes, *únicas* circunstancias: no pasa dos veces en la vida que uno esté demasiado aturrido para poder joder².

Casi podríamos estar tentados de tomar esto por una falsificación, si no hubiésemos autenticado el texto. ¿Hablaban realmente la madre, el padre, el nieto y el abuelo con tanta franqueza en este respetable entorno de clase media? Pero lo divertido de esta carta de petición es que no podemos siquiera estar seguros de que sea realmente tan sincera como parece. Por todo lo que sabemos de Proust, a esta edad sus inclinaciones se dirigían ya hacia los muchachos. Poco antes de su muerte, le confesó a un atónito André Gide que nunca en su vida había mantenido relaciones sexuales con una mujer³. De forma que, incluso aunque el abuelo le hubiese dado los trece francos, él no repitió la visita; a no ser que saliese de la casa de placer por segunda vez sin aliviarse, un resultado bastante en desacuerdo con su masculina predicción. No se puede excluir por completo una tercera posibilidad, y esto es lo que hace que todo el asunto resulte a un tiempo cómico y complejo. Quizá el joven Proust nunca fue al burdel. Quizá gastó el dinero en un ramo de flores para alguna amada duquesa, y el orinal roto fue solamente un pretexto: camuflaje. Si es así, la carta de 1888 sería de hecho un documento muy raro: no una mala excusa para encubrir la visita a un burdel, sino una visita al burdel utilizada como excusa.

Para Proust, que había tenido que habituarse desde muy joven a disimular y e inventar excusas, esto no habría sido nada extraño. En un famoso pasaje de *Sodoma y Gomorra*, escribe de la *race maudite*:

Raza sobre la cual pesa una maldición y que tiene que vivir en la mentira y el perjurio, pues sabe que se considera punible y vergonzoso, por infame, su deseo, ese deseo que constituye para toda criatura el mayor goce de vivir; que tiene que renegar de su Dios, pues hasta a los cristianos, cuando comparecen ante el tribunal como acusados, les es forzoso, ante Cristo y en su nombre, defenderse como una calumnia de lo que es

² Carta escrita el 17 de mayo de 1888. Véase Philip KOLB, ed., *Correspondance de Marcel Proust*, París, 1993, vol. XXI, p. 550.

³ Véase la entrada del diario de Gide correspondiente al 14 de mayo de 1920.

su vida misma; hijos sin madre, a la que no tiene más remedio que mentir toda la vida y hasta a la hora de cerrarle los ojos; amigos sin amistades [...]»⁴

Y así continúa, a lo largo de más de media página, el arrollador tumulto de una sola frase donde la agonía de una vida parece por fin encontrar respiro.

Una raza que debe vivir en la falsedad, éste es el comentario del Narrador, que acaba de espiar al barón de Charlus y al marino, Jupien. Es curioso que Marcel, que se ha mantenido ajeno a la experiencia homosexual hasta este punto, se convierta ahora tan de repente en una autoridad tan convincente. Dicha inverosimilitud narrativa sugiere inmediatamente, por supuesto, que Proust no está describiendo la experiencia de Marcel, sino la suya propia. Era él quien se había visto obligado a disimular toda su vida, a mentirle a su madre, a perseguir mujeres perfectamente inasequibles, a negar el secreto a voces, y a retar a duelo a cualquiera que se atreviese siquiera a aventurar una alusión al respecto. Si un periodista tenía el valor de referirse a los rasgos masculinos de las jóvenes de Proust, al día siguiente había un amable reproche en el correo; lo cual, por supuesto, sólo empeoraba las cosas, al despertar mayores sospechas. Las murmuraciones nunca cesaron y cuanto más ampliamente se rumoreaban sus propensiones, más se tornaba su miedo en pánico: el tormento sólo terminó con su muerte.

En su obra, el temor se expresa en el hecho de que camuflase a sus muchachos, vistiendo de chica a los más deseables; una práctica que Gide le reprochaba. Hay excepciones a la norma, por supuesto; pero es innegable que ésta existe. Sus inocentes meteduras de pata son tan divertidas como conmovedoras, como cuando la vista del Narrador se ilumina ante unas «muchachas pescadoras», como si la pesca fuese una profesión tan típicamente femenina. El grueso cuello de Albertine se ha hecho tan familiar como para ser casi aburrido. Menos conocido es el recuerdo que el Narrador nos cuenta de cuando Albertine le permitió besarla por primera vez: el Narrador sonrió, recuerda, con gratitud hacia el desconocido seductor que «le imprimió una modificación profunda y tanto me facilitó la tarea»⁵. ¿Pero qué modificación podría ser tan profunda como la de la orientación sexual? Un Albert que había sucumbido ya a los abrazos de otros hombres parece la única explicación posible a la gratitud de Marcel. Lo mismo ocurre con la cruda frase que Albertine deja escapar: *me faire casser*—el Narrador deja la frase sin terminar: *le pot*—expresión grosera para una práctica más habitualmente atribuida a los habitantes de Sodoma que a los de Gomorra⁶.

⁴ M. PROUST, «Sodome et Gomorrhe I», *Á la recherche du temps perdu* III, París 1988, p. 16 [ed. cast.: «Sodoma y Gomorra», *En busca del tiempo perdido*, 4, Madrid, Alianza Editorial, 1996].

⁵ *Ibid.*, p. 252 [ed. cast.: *ibid.*, p. 294].

⁶ Véase Marcel PROUST, «La Prisonnière», *Á la recherche* III, pp. 840-843 [ed. cast.: «La prisionera», *En busca del tiempo perdido*, 5, cit., p. 366]. Véase también Ina HARTWIG, «Der zerbrochene Topf», en Rainer Speck y Michael Maar, eds., *Marcel Proust, Zwischen Belle Époque und Moderne*, Frankfurt am Main, 2000, pp. 115-125.

Virtudes y vicios

Una y otra vez, vemos que Proust se queda enredado en el velo que él ha arrojado sobre sus prohibidos amores. La confusión se repite con la notoria doncella de la baronesa Putbus, un inolvidable personaje de *À la recherche du temps perdu* precisamente porque se conserva como una quimera durante toda la novela, perseguida pero nunca lograda. Robert de Saint-Loup le dice al Narrador que la doncella de madame Putbus es la muchacha más linda que ha visto nunca, y que está dispuesta a hacer cualquier cosa; después de conocer este hecho, Marcel trata obsesivamente de organizar un encuentro. La criada de madame Putbus se convierte en la personificación y el objetivo de sus secretos deseos, pero un objetivo que nunca alcanza. O no, al menos, en la versión definitiva de *À la recherche*. Las cosas son bastante diferentes en los estudios preliminares para la novela, los denominados «*Esquisses*» o bocetos, impresos en parte en la edición de Pléiade de 1989. Aquí encontramos una variedad de pasajes largos que describen la cita del Narrador con su figura soñada. Para el lector de *À la recherche*, esto sugiere una contradicción en los términos: ¿la doncella de madame Putbus en un encuentro real? Pero esto es exactamente lo que los «*Esquisses*» describen. Marcel organiza un encuentro con ella, en Padua. Por fin ella aparece ante nosotros: rubia y alta, su cara ahora desfigurada por los cortes y las quemaduras sufridos en un accidente de barco. Juntos, van a ver los frescos de Giotto en la capilla Scrovegni –los Vicios y las Virtudes, cuyas reproducciones se muestran en el aula de Combray– y entonces, abrumado por el deseo, el Narrador la lleva a una habitación de hotel. Después, hablan un poco. Marcel propone una excursión futura, en su coche. «Oh, sí, me encantan los coches», replica ella con entusiasmo. «Esto es lo que me gusta: los coches [...] el bacará, el buen vino y las carreras». Intereses típicamente femeninos, por supuesto. El propio Proust, por cierto, se dio cuenta de esto y añadió «la ropa» a la lista⁷.

Estas pequeñas tiritas en las mal afeitadas mejillas de la joven muestran lo ceñido que Proust se mantenía a su propia experiencia en bocetos y borradores. Para la novela, lo transformó todo; pero apenas inventó nada. En sus cartas, habla tan despreocupadamente de su Narrador en primera persona del singular que haría temblar a cualquier textualista estricto. Y la escena anterior, en Padua, con el ayuda de cámara –para hacerlo más sencillo, permítasenos quitarle la peluca–, presenta innegables visos de realidad. ¿Podría haber sucedido en octubre de 1900, cuando Proust, liberado de la supervisión materna, viajó por segunda vez a Italia? En el «*Esquisse xviii*», para *Albertine disparue*, el Narrador describe lo que había tenido lugar en un viaje anterior a esa ciudad. Evidentemente, había tenido una cita en perspectiva, que se vino abajo debido al cambio de planes de su madre, lo que hizo que Marcel, que había creído tener al alcan-

⁷ Véase «Albertine disparue», *Esquisse xviii*, *À la recherche...*, IV, cit., p. 732.

ce su objetivo erótico, se enojase terriblemente. (En la novela, es la visión de las palabras «Madame Putbus y sus asistentes» en el registro de huéspedes esperados del hotel lo que exagera enormemente el crónico estado de deseo del Narrador, conduciéndolo a un conflicto con su madre, que había planeado su partida para ese día.) Quizá Proust, en su segundo viaje, planeaba compensar eso que la compañía de su madre le había obligado a perderse en mayo.

En los «*Esquisses*», la alta doncella con la cara mutilada espera a Marcel en Padua. Evidentemente él le había mandado aviso por escrito para que fuese, mediante los buenos oficios de un amigo mutuo, un tal Robert. Un comentario de pasada sugiere, de nuevo, que se trataba del misterioso viaje del otoño, no del de primavera. Después del hotel, la doncella de Mme. Putbus vuelve con el narrador para una segunda visita a la capilla Scrovegni, al contrario que su propio amigo, comenta él, que prefiere no acompañarlo dos veces. Esto puede hacer referencia a Reynaldo Hahn quien, con su prima Marie Nordlinger —que ayudó a Proust con su Ruskin—, también había estado en Venecia en mayo y que le había acompañado entonces en el viaje de 40 kilómetros en tren a Padua.

Hay, por lo tanto, dos visitas a los Vicios y las Virtudes de Giotto; en el intermedio, la satisfacción del placer, seguida por un *tête-à-tête*. Dos detalles sobresalen de esta conversación íntima. El primero es el descubrimiento de que Marcel podría haber tenido la oportunidad de reunirse con la doncella de madame Putbus mucho antes, porque ella procedía también de los alrededores de Combray. Un caballero del vecindario la había seducido cuando servía en el Château Mérouville. (En *À la recherche*, la doncella de madame Putbus resulta ser hermana de Théodore, de Combray; Proust retiene el motivo con una ligera variación.) El segundo detalle es el peculiar acento de la doncella. No termina las frases con la interrogativa acostumbrada, «*n'est-ce pas?*», sino con un mucho más burdo «*ppas?*». Esta doble *p* —marca del acento de una zona o de otra forma particular de hablar— se la asigna permanentemente al personaje: «*Vous comprenez bien, ppas?*», o «*Vous êtes étonné que je sois venue, ppas?*»⁸. Es un detalle curioso y, literalmente, elocuente; no resulta fácil de olvidar.

Sobre la pista del ayuda de cámara

Las claves comienzan a unirse, haciendo posible aventurar una tesis tentativa para uno, al menos, de los modelos biográficos que hay detrás de la doncella de madame Putbus. Un mayordomo, asociado con el círculo de Proust, que procedía el distrito natal de éste, la zona de Illiers: ¿existía ese hombre? Desde luego. Félicie Fitau, el antiguo criado familiar de Proust y un modelo clave para el temible François, tenía un sobrino,

⁸ *Ibid.*, p. 725

Robert Ulrich. Es un tal Robert, por supuesto, quien media entre la doncella de madame Putbus y el Narrador; y lo que es más importante, el nombre de Ulrich nos hace a veces guiños desde la correspondencia de Proust. La primera carta, fechada en 1906 y descubierta bastante por casualidad, indica que se conocían desde hacía bastante tiempo. Ulrich pide a un amigo mutuo, René Peter, que devuelva la cantidad adjunta de mil francos a monsieur Marcel Proust⁹. Por lo tanto, Proust había prestado dinero a Ulrich, o quizá se lo había dado, en cuyo caso el que Ulrich se lo devolviese a través de un intermediario podría indicar una desavenencia. De ser así, no duró mucho. Incluso después de que Ulrich hubiera dejado oficialmente la casa de Proust con Félicie en 1907, Proust lo empleaba con frecuencia por su propia cuenta. No es difícil imaginar en calidad de qué: ayuda de cámara. Proust también hace ocasionalmente referencia a él como su «secretario»; en esta esfera, sus deberes secundarios emergen de una carta que Proust escribió en 1909 a Francis de Croiset sobre las disposiciones para su acomodación vacacional en Normandía. Si Ulrich iba a Cabourg, no tenía que dormir cerca de él: «*Cela m'es égab*: le daba igual; lo cual en Proust era siempre un indicativo, cuando hacía tanto hincapié, de que lo contrario era lo cierto¹⁰. Hasta 1912, Proust intentó repetidamente intervenir a favor de Ulrich, o encontrarle un puesto en alguna casa aristocrática. Estaba claramente bien dispuesto hacia él, o de alguna manera en deuda con él. Al mismo tiempo, solía negar conocerlo personalmente, como si hubiese algo ofensivo en ello. Todo lo cual parece apuntar en una dirección.

Y está además el asunto de la *p* añadida. Aparece de nuevo en una carta escrita a Hahn, fechada en 1907, que Proust termina con la orden «*Bruslez*» –quemar–; una instrucción que, como ocurrió a menudo, no se cumplió. Ulrich también tenía una amante que le escribía. Proust, indiscreto, leyó esta carta y se la citó a Hahn: «*Des choses jolies, ppas?*». En lugar de «*n'est-ce pas*», explicó¹¹. Esto debería hacernos pensar: «*ppas*», entonces, era una expresión familiar para Ulrich y su círculo, la misma doble *p* que tan frecuentemente asoma en labios de la doncella de Mme. Putbus, a quien le gustan los coches, el vino y el bacará de una manera tan groseramente viril.

Todo esto puede ser, por supuesto, mera coincidencia, y la doncella de madame Putbus ser pura ficción. En cualquier caso: la rubia alta de Padua tenía la cara muy desfigurada, tratada por el médico de Combray. Estaría dispuesto a apostar una pequeña cantidad –trece francos, por ejemplo– a que se podrían encontrar noticias de un accidente de barco, que había tenido como consecuencia graves lesiones faciales, en los *faits divers* de los periódicos parisinos de 1900.

⁹ Philip Kolb, ed., *op. cit.*, vol. VI, p. 192.

¹⁰ *Ibid.*, vol. IX, pp. 177 ss.

¹¹ *Ibid.*, vol. VII, p. 284.